

Gadgetomanía

Miquel Barceló

¿Se acuerdan ustedes de ese personaje de una vieja serie de televisión cómica, orientada a niños y adolescentes muy, muy infantiloides... llamado *Inspector Gadget*?

Se trataba de un personaje, realmente ridículo, vestido siempre con su impermeable y su sombrero gris que ocultaban una multitud inenarrable de gadgets de todo tipo. Una especie de cyborg de broma, ya que esa «afición» por los gadgets provenía de una necesidad derivada de un accidente (al igual que el policía de *Robocop*...).

Era, además, el típico (¿sabio?) distraído que no distinguía demasiado bien entre buenos y malos, se equivocaba a menudo en la selección y uso de sus gadgets y se caracterizaba por un comportamiento propio de una verdadera calamidad. Afortunadamente, su joven sobrina Sophie introducía en la serie la imprescindible baza de serenidad y sentido común gracias, sobre todo, a su dominio de la informática y a un libro que contenía un ordenador de muchas posibilidades: una especie de tablet *avant la lettre*. Sophie disponía también de una radio especial con la que se comunicaba con el perro del Inspector Gadget portador, en su collar, de gadgets más «normales» como un micrófono y una cámara.

El elenco de los gadgets del Inspector era inacabable: desde el gadgetófono (más o menos aceptable y comparable al «zapatófono» del Superagente 86...) hasta lo más extraño (y ridículo) posible: gadgetomanos, gadgetoescafandra, gadgetoprismáticos, gadgetoradar, gadgetollave_inglesa, gadgetoabrelatas, gadgetolupa y otros muchos que salían, prácticamente todos, del sombrero. Y ello sin olvidar los gadgetopatines, el gadgetocuello extensible, el gadgetoparacaídas, los gadgetoesquíes y, seguramente, todo lo que quepa imaginar.

Y eso ocurría en 86 episodios de 22 minutos cada uno, que se emitieron, inicialmente, de 1983 a 1988. Se trataba de una producción multinacional: estadounidense, francesa, canadiense y japonesa que se distribuyó en todo el mundo.

Pues bien, en cierta forma parece que la serie consiguió sus (voy a imaginar) dos objetivos principales. Por una parte divertir a unos niños ya bien orientados al consumo televisivo y, tal vez, establecer en esos niños (y niñas) la sensación de que era imprescindible usar gadgets de todo tipo para vivir en el mundo de la tecnología moderna.

Tal vez eso explique esa gadgetomanía creciente que casi «obliga» a usar más y más gadgets que, evidentemente, la tecnología y el consumo nos ponen al alcance.

Recuerdo que, hace algo más de una decena de años, mi hijo porfiaba sin descanso para que la familia se lanzara al mundo de los teléfonos móviles. Evidentemente, lo que quería era un móvil para él, a poder ser pagado por la familia...

Recuerdo también que, en la argumentación consiguiente, me encontré diciendo algo (que hoy me parece incluso absurdo...) como “*He vivido cincuenta años sin usar teléfono móvil. Sé vivir sin teléfono móvil. No veo su necesidad*”. Pero al final, como tantos padres, caí en la trampa y la familia se dotó de sendos teléfonos móviles y todos contentos.

Y ahora, como tantas otras personas, yo también soy dependiente de esa tecnología y ahora podría decir algo como “*he vivido algo más de una decena de años usando teléfono móvil. Ya no sé vivir sin teléfono móvil. Me resulta imprescindible...*”. Y no soy un «converso» sino, simplemente, otro «cautivo» más de la tecnología.

La tecnología, los gadgets tecnológicos en suma, son adictivos y se convierten en imprescindibles. Evidentemente, el teléfono móvil ofrece unas ventajas antes inexistentes (excepto en la ficción de la serie televisiva *Star Trek*, con ese «*Beam me up, Scotty*»,

formulado a través de ese entonces sorprendente comunicador portátil que iba con la persona...). Se podría decir que el teléfono móvil se justifica a sí mismo (aunque ahora haya aplicaciones entonces inesperadas como esa posible localización, gracias al GPS, de dónde está el individuo que lo lleva consigo...).

Pero no estoy completamente seguro de que todos los gadgets que acabamos (o acabaremos...) usando sean igualmente imprescindibles. De lo sí que estoy seguro es que son igualmente adictivos. De ahí la gadgetomanía que nos invade de la cual el bueno y despistado Inspector Gadget fue un maravilloso heraldo... *Cosas veredes, amigo Sancho.*